

JOVELLANOS, GASPAR MELCHOR DE (1744-1811)

IDILIOS

I.

De Anfriso a Belisa

1

Del Betis recostado
sobre la verde orilla,
así el pastor Anfriso
se lamentaba un día,
culpando los desprecios
de la crüel Belisa:

Permita el justo cielo,
desapiadada ninfa,
que en la aflicción que lloro
te vea yo algún día;
permitan de los dioses
las siempre justas iras
que con tu llanto y quejas
consuele yo las mías.

Cuando de aquél que adoras,
mofada y ofendida,
te quejes a los cielos,
los montes y las silvas;
cuando tu rostro ingrato
descubra la ruina
de los rabiosos celos,
de las celosas iras;
y cuando de tus ojos
las luces homicidas
cuidados oscurezcan,
pesares y vigiliass,
y del contino llanto
las mire yo marchitas;
entonces, solazada,
la triste ánima mía

olvidará sus penas,
sus males y sus cuitas;
entonces el llanto ardiente
que hoy riega mis mejillas,
a vista de tu llanto
convertiráse en risa;
entonces las angustias
que el corazón me atristan,
las ansias que le aquejan,
los celos que le aguijan,
se trocarán en gusto,
consuelo y alegría.

2

En vano te deleitas
al ver el llanto mío,
crüel Belisa. En vano
celebras mis suspiros.

De lágrimas ardientes
mi rostro humedecido,
con las viglias flaco,
con el dolor marchito,
tu liviandad arguye,
reprende tus caprichos,
y al mundo entero grita
tu infamia y tu delito.

Estos que en mi semblante
ves de dolor indicios,
no son exequias tristes
hechas a un bien perdido,
ni son a tu hermosura
tributos ofrecidos:
de tu perfidia sólo
son argumento fijo,
horror de tus engaños,
baldón de mis delirios.

No lloro tus rigores,
ni siento haber perdido
correspondencias falsas,
favores fementidos;
de mi ceguedad sólo

y mis engaños gimo;
lloro a un ingrato numen
los hechos sacrificios,
y el exhalado incienso
sobre un altar indigno;
lloro el recuerdo infame
del cautiverio antiguo,
y el peso vergonzoso
de los llevados grillos.

En mi memoria triste
revuelvo de continuo
obsequios mal pagados,
desdenes mal sufridos,
pospuestas y olvidadas
finezas y suspiros.
Pero, Belisa, en vano
te agrada el llanto mío.
Amor, que ya me mira
con ojos compasivos,
mil veces reprendiendo
mis lágrimas, me dijo:
Nada en perderla pierdes,
¿por qué lloras, mezquino?

3

Ya, gracias a los dioses,
Belisa, estoy contento;
ya está mi rostro alegre,
mis ojos ya están secos.

Aquel cuitado Anfriso,
que en el pasado tiempo
en pos de tus encantos
corría sin sosiego;
aquél que en tu semblante
buscaba iluso y necio
delicias engañosas,
mentidos pasatiempos;
aquél que en tus dos ojos
hallaba dos luceros,
mil perlas en tu boca,
mil flores en tu seno;
ya sin amor, sin susto,

sin ansias ni deseos,
lejos de ti o contigo,
tranquilo está y sereno.

Si al paso de los suyos
salen tus ojos bellos,
ni su color se muda,
ni pierde su sosiego,
ni el corazón le avisa
del ya pasado incendio.

Sobre los mismos labios
que en el antiguo tiempo
sólo formar sabían
querellas y lamentos,
residen ya los chistes,
la risa y el contento,
las sazonadas burlas,
los dichos placenteros.
Sus ojos deslumbrados,
que antes el dios pequeño
cerró con tierna mano
del mundo a los objetos,
dejándolos ¡oh cruda!
para ti sola abiertos,
hoy llenos de alegría,
vivaces y traviosos,
siguen el dulce hechizo
de mil semblantes bellos,
y de otros bellos ojos
beben el dulce incendio:
que ni los turba el llanto,
ni ofuscan los desvelos.

4

Belisa, al fin los cielos
de mí se han apiadado:
tú lloras y te afliges,
yo estoy alegre y canto.

Al que antes, engañado,
favoreciste tanto,
ya con dolientes voces
el nombre das de ingrato.

Por él tu amor sin seso
rompió los dulces lazos
que mi inocente cuello
uncían a tu carro.

Por él abandonaste mi fe,
mi amor, mi llanto,
tu honor y tu decoro,
con engañoso trato.
Por él, en fin violaste
mil juramentos santos,
rompiste mil promesas,
forjaste mil engaños.

Ahora, despreciada,
derramas llanto amargo:
pues llora, injusta, llora,
que Anfriso está vengado.

II

Historia de Jovino a Mireo

*Actie aetatis placida
et lenis recordatis.*
—Cicerón.

Mireo, pues te place
que sepa el caro Delio
mi profesión, mi nombre,
mi patria, y mis sucesos,
aplícate un instante
a ver este diseño,
de ingenio y arte escaso,
si de verdades lleno.

Cifrada en breves puntos
mi historia verá Delio;
verála sin asombro,
pero también sin tedio.
Dile que en la ancha orilla
del mar cántabro un pueblo
sobre otros mil levanta

su erguida frente al cielo:
mil timbres le ennoblecen,
ganados en el tiempo
antiguo, cuando cuna
sus altos muros fueron
de claros capitanes
y heroicos semideos;
de aquellos santos reyes
que a España redimieron
del yugo berberisco
fue corte y real asiento.
En él nací, del sumo
rector del universo
sin duda descendido,
que a tanto dios debieron,
si no mintió la fama,
su origen mis abuelos.

Jovino me llamaron
desde los años tiernos
las ninfas gejionenses;
y allí do va el sereno
Pilas al mar de Asturias
sus aguas refluyendo,
el nombre de Jovino,
con resonantes ecos,
náyades y tritones
mil veces repitieron.

No aún mi blanca barba
manchara el pardo vello,
y ya del nombre mío
volaba el dulce acento,
llevado por las auras
al complutense suelo.

Minerva despiadada
firmó el cruel decreto
que me pasó a Compluto
desde el hogar paterno.

Mezclado a los ilustres
hijos del gran Cisneros,
allí me vio Dalmiro
al margen por do el viejo
y sabio Henares fluye

con graves pasos, ledo.
Allí me vio Dalmiro;
Dalmiro, cuyo ingenio,
ya entonces celebrado,
daba con vario efecto
cuidados a las ninfas
y a los pastores celos.

De allí, quizá aguijado
de tan ilustre ejemplo,
trepar osé al Parnaso
por cima de escarmientos.
Imberbe aún, y falto
de inspiración y fuego,
tenté del sabio Apolo
subir al trono excelso.
Luego al intonso numen
endecé mis ruegos,
y aunque de tal descaro
mostrarse pudo ofenso,
la juvenil audacia
me perdonó, y risueño
me dio de alumno suyo
el nombre y los derechos.

Bajo de tal auspicio
viví mil días bellos,
gocé mil dulces dichas
y obré mil altos hechos.
Bebí de la armoniosa
corriente del Permeso,
después la de Hipocrene,
y al fin, a tragos luengos,
en el raudal castalio
sacé mi afán sediento.
Monteme en el Pegaso,
y en él volé ligero
al elevado Pindo
y al muy más alto Pierio,
donde las nueve hermanas
favores mil me hicieron;
de Erato, aunque voluble,
fui fino chichisbeo,
que en mi favor con ella
tal vez intercedieron
Teócrito, Virgilio,

Catulo y Anacreón;
galanteé a Talía
también por algún tiempo,
y entonces la taimada,
con aire zahareño,
enmascaró mi rostro,
y al pie, que del proscenio
el polvo nunca hollara,
calzó el humilde zueco;
la grave Melpómene
en tanto con severo
semblante me miraba;
quise obligarla atento,
rogué, seguí sus pasos
y huyome con desprecio.
Mas ¡oh natura extraña
del hombre en sus deseos,
que el fuego los entibia,
y los enciende el hielo!
la fuga de la ninfa
irrita mi deseo;
la sigo a todas partes:
la busco entre los griegos,
y sólo hallé sus huellas,
que ya al latino pueblo
del ático pasara;
corrí el país que un tiempo
fue trono de las musas,
y ya sobre su suelo,
de sangre, de despojos
y ruinas mil cubierto,
la ninfa no habitaba;
desde uno al otro extremo
crucé la sabia Europa,
y al fin la hallé en los pueblos
a que uno y otro margen
del Sena dan asiento.
Con culto majestuoso
la ninfa vive entre ellos
tenida en grande estima:
allí escuchó mis ruegos,
y dio a mis inquietudes
y largo afán el premio,
subiéndome al heroico
coturno desde el zueco.

¡Oh cuántos ricos dones
a sus influjos debo!
Diome que en largos hilos
de los humanos pechos
mil lágrimas sacara,
mil quejas y lamentos;
diome que hacer pudiese
amables los senderos
de la virtud, por más que
el fraude, el odio negro
y la traición los pinten
penosos y molestos;
diome que al hombre hiciera,
con sabios documentos,
de lealtad amigo
y a vil perfidia adverso;
que a los potentes reyes
mostrase el fiero ceño
de la fortuna airada,
y a los sufridos pueblos
el celo vigilante
con que un poder supremo
refrena los designios
de príncipes aviesos;
diome... Pero no digas
cuánto me dio, Mireo:
sus dones no divulgues,
que Astrea tendrá celos;
Astrea, que hoy me tiene
en sus cadenas preso,
me trata con ley dura,
y con tirano imperio
pretende ser la sola
señora de mi ingenio.

Mal de su grado cede
mi corazón al peso
de ley tan inhumana,
y no sin gran tormento
a tan severo numen
ofrece sus inciensos.
¡Ay, Dios, los bellos días
pasaron! ¡Pasó el tiempo
de holganza, de venturas
y de contentamientos!

Pero, pues ya mis dichas
y glorias perecieron,
¿por qué no fue mi nombre
en hondo olvido envuelto?
¿Por qué me habéis dejado
crüel diva, en el recuerdo,
de tan sabrosos gustos
tan amargo tormento?
¡Oh, cuán dulces instantes,
qué días tan risueños
los que pasar solía
al margen del Permeso!
¡Cuántas veces mi nombre
y el de mi Enarda fueron
escritos de consuno
sobre los olmos tiernos,
que ya encumbró a más alta
región el raudo tiempo!...

¡De hiedra y verde mirto
ornado, el suave plectro
cuántas veces tañía,
y al dulce son atento
cantaba mis venturas,
que duplicaba el eco!
¡De Enarda cuántas veces
la gracia y dulce ingenio
loaba, y sus encantos
encaramaba al cielo!
Cantaba de sus ojos
el rutilante fuego,
su frente hermosa y grave
y los cabellos luengos,
que airosos abajaban
sobre su blanco pecho...

Perdona, oh santa Temis,
perdona estos recuerdos:
Mireo los exige
y los conduce a Delio;
a Delio, aquel que supo
con tan sonoro plectro
la integridad augusta
loar de tus decretos;
a Delio, que inflamado
con el divino fuego

que le inspiró tu numen,
extiende por el viento
el triunfo de los sabios
ministros de tu templo;
a Delio, al hijo ilustre,
imagen y heredero
del gran León, tu alumno,
tu gloria y tu recreo.
¡Oh genio peregrino!
¡Oh inimitable Delio!
¡Oh honor, oh prez, oh gloria
de los presentes tiempos!
Ya las hispanas musas,
que en hondo y vil desprecio
yacían, por ti vuelven
a su esplendor primero;
a ti fue dado sólo
obrar el alto hecho.
Y pues tamaña empresa
te reservaba el tiempo,
el triunfo que a tal gloria
levanta el pueblo ibero,
será del plectro mío
perenne, vasto objeto,
y de uno al otro polo
resonará en mis versos.

III.

A Batilo

Mientras Batilo canta
con alto y dulce acento
los años de Ciparis,
muchacho, llena el cuenco,
que quiero celebrarlos
con el licor lieo,
brindándoles alegre
y a su salud bebiendo.
¡Eh!, brindo por la tuya,
Ciparis: quiera el cielo
que de tan digno amante
goces por largo tiempo.
A tu salud va estotro

Batilo... Llena presto,
muchacho... Plegue al numen
que tiene culto en Delos
hacer que de tu canto
resuene el dulce acento
desde uno al otro polo
por siglos sempiternos.

IV.

A Galatea

Mientras de Galatea,
oh incauto pajarillo,
ocupas el regazo,
permite que, afligido,
tan venturosa suerte
te envidie el amor mío.
De un mismo dueño hermoso
los dos somos cautivos:
tú lo eres por desgracia,
y yo por albedrío.

Violento en las prisiones,
maldices tú al destino
en tanto que yo, alegre,
besando estoy los grillos;
mas en los dos, ¡cuán vario
se muestra el hado esquivo!
Conmigo, ¡ay, cuán tirano!,
contigo, ¡cuán benigno!

Mil noches de tormento,
mil días de martirio,
mil ansias, mil angustias
lograrme no han podido
la dicha inestimable
que debes tú a un capricho.

Bañado en triste llanto,
tu dulce suerte envidio;
y en tanto tú, arrogante,
huellas con pie atrevido,
sin alma, sin deseos

ni racional instinto,
la esfera donde apenas
llegar ha presumido
el vuelo arrebatado
del pensamiento mío.

V.

Al cumpleaños de Galatea

Mientras en raudos giros
el cielo va contando
la suma de tus días
y el curso de tus años,
tu vida, oh Galatea,
con florecientes pasos
va al punto más subido
de juventud llegando.

Del tiempo la incesante
consumidora mano,
que en otras hermosuras
consume sólo estragos,
hoy, sabia y generosa
la tuya sazonando,
mil altas perfecciones,
mil gracias, mil encantos
retoca de tu rostro
sobre el luciente espacio.

Mas ¡ay!, que también siente
mi corazón, al paso
que crece tu hermosura,
dolores más amargos:
tú creces en belleza,
y yo en deseos vanos;
de mi esperanza inmóvil
es sólo el triste estado.

VI.

A la misma

No sale más galana
por las doradas puertas
de Oriente, del anciano
Titón la esposa bella,
que sales tú a mis ojos,
oh dulce Galatea,
cuando a gozar del día
el blando lecho dejas;
ni más resplandeciente
su cara al cielo enseña
la plateada luna,
que el tuyo tú a la tierra,
do imprimen hoy tus plantas
la delicada huella.

Sin duda de las gracias
el coro, a tu lindeza
añade en esta hora
mil perfecciones nuevas:
brilla tu frente hermosa
con luz muy más serena,
y como al cielo el iris,
así tus negras cejas
dividen el nevado
contorno de tu esfera;
tus ojos... Musa mía,
¿cómo tu voz pudiera
los rutilantes ojos
pintar de Galatea?
¿Quién me dará que junte
del sol las luces bellas,
las sombras de la noche
y el fuego de la esfera,
para pintar los brillos,
la gracia y la viveza
de tus divinos ojos,
oh dulce Galatea?
Absorta el alma mía
los mira y los contempla,
sus luces la embriagan,
sus llamas la penetran.

Veo que en tus mejillas
la rosa bermejea,
y del clavel purpúreo

tus labios son afrenta.
Juegan sobre tu boca
las risas halagüeñas,
y en el ebúrneo pecho
la cándida azucena
derrama su blancura.

¡Ay Dios, cuántas bellezas
mis ojos inflamados
registran en tu esfera!
¡Ah, no me las ocultes,
oh cruda Galatea!
¡Guarte, que no se enoje,
si al mundo se las niegas,
la mano bienhechora
de la Naturaleza!
¿Criólas por ventura
para que no se vieran?
Si es ella generosa,
¿por qué eres tú avarienta?

VII.

A la misma

¡Perdón, perdón mil veces,
oh cruda Galatea!
Ya estoy arrepentido;
perdona mi flaqueza.
Serena el ceño airado,
y a tu semblante vuelvan
la risa y el agrado.
Serénale; no quieras
dar tan atroz castigo
a culpa tan ligera.

Mas ¡ay!, que amor tirano
vengado ha ya tu ofensa,
que en el delito mismo
me disfrazó la pena:
después que de tu rostro
tocó la ardiente esfera
mi labio, ¡ay, cuán aguda,
cuán penetrante flecha

mi corazón traspasa!
¡Ay, cómo le atormenta!
De ciego ardor movida
así tal vez la abeja
liba en la fresca rosa
los dulces jugos, mientras
su blando pecho duras
espinas atraviesan.

VIII

A Mireo

Con dulce y diestra pluma
pintaba el otro día
Mireo enamorado
las gracias de Trudina.
Pintaba de sus ojos
las luces homicidas,
su frente hermosa y grave,
sus rosadas mejillas,
la nariz bien labrada,
la boca bien partida;
pintaba el noble adorno
que a su semblante hacían
la ceja vuelta en arcos
y el cabello en sortijas;
después del cuerpo airoso
las gracias describía:
pintaba cómo al talle,
graciosa y bien tejida,
sobre la igual espalda
su trenza descendía;
del hombro ancho y caído
al cabo de la fina
cintura imperceptible
las distancias medía;
pintaba, en fin, su nívea
garganta, bien unida
al alto ebúrneo pecho,
partido en dos provincias;
sus brazos de alabastro,
sus manos yacintinas,
su garbo, su modestia,

sus gracias y sus risas.

Cual era l'alma Venus
cuando buscaba en Siria
al malhadado Adonis,
graciosa y peregrina,
tal era y de tan altas
perfecciones vestida,
en pluma de Mireo,
la preciosa Trudina.

IX

De Montesquieu

Por los hojosos bosques
de Idalia cierto día
andaba yo en compañía
de la joven Cefisa.
Hallé al Amor, que oculto
entre flores dormía,
cubierto de unos mirtos,
en cuyas ramecillas
del céfiro los soplos
apenas se sentían.
Las risas y los juegos,
perenne comitiva
del dios, andaban lejos,
retozando a porfía,
y le dejaban solo.

Amor en aquel día
en mi poder estuvo
y en tanto que dormía
robar pude sus armas,
pues mientras él dormía,
carcaj, arco y saetas
a su lado yacían.
Del mayor de los divos
coge el arco Cefisa;
en él pone una flecha,
y a mí, que no la vía,
la dirigió al instante.
Hirióme, y yo con risa

le digo: Vaya otra,
y hazme mayor herida,
que aquésta es muy pequeña.

Al punto fue Cefisa
a poner otra, pero
del arco desprendida,
cayó en su pie. Asustóse,
porque era la maldita
flecha la más pesada
que en el carcaj había.
Por fin volvió a cogerla,
tiróla, y la maligna
me hirió otra vez el pecho.
¿Qué haces, dije, Cefisa?
¿Pretendes, inhumana,
poner fin a mi vida?

Ella se fue entre tanto
a do el Amor yacía:
En sueño sepultado
está, dijo Cefisa,
de tan frecuentes tiros
rendido a la fatiga.
Vamos a atar con flores
sus pies y manecillas.
No, dije yo, no lo hagas,
que a su deidad mil dichas
debemos, y favores.
Pues voy, dijo la ninfa,
a dispararle un dardo
de los que el malo tira,
con cuanta fuerza pueda.
Pero ¿no ves, Cefisa,
que puedes despertarle?
Y bien, si nos divisa,
¿podrá hacer otra cosa
que hacernos más heridas?
No, no, dije, dejemos
que duerma sin fatiga,
y estémonos sentados
cabe él en compañía,
para que a nuestras almas
inflame más su vista.

Entonces recogiendo

de mirtos que allí había,
y rosas, muchas hojas:
Voy, prosiguió Cefisa,
voy a tapar del niño
el cuerpo y la carita,
para que cuando vengan
los juegos y las risas
en busca de él, no le hallen.

Echóselas encima,
y luego la taimada
se holgaba y se reía
de ver que al diosecillo
del todo le cubrían.
Pero ¿qué es esto que hago?
No, no, dijo Cefisa,
cortémosle las alas,
que así no habrá en la vida
más hombres inconstantes,
porque éste se ejercita
en inspirar a todos
mudanzas y perfidias.

Dicho esto, saca luego
sus tijeras la ninfa;
sentóse, y con gran tiento
asíó las puntecillas
de las doradas alas
del dios, que aún dormía.
Yo entre tanto, sintiendo
mi alma conmovida,
de susto y temor lleno,
Tente, dije, Cefisa.
Mas ella sin oírme,
de las alas divinas
las puntas corta; suelta
las tijeras deprisa,
y huyendo del castigo,
salvarse solicita.

Cuando a volar, despierto,
ya el dios se disponía,
sintió un peso que nunca
sentido hubiera encima.
Luego sobre las flores
notó que relucían

las puntas de sus alas,
y echó a llorar. Su cuita
viendo de Olimpo Jove,
envió una nubecilla
que al dios llevase a Gnido,
hasta posarle encima
del seno de su madre.
Al verla: ¡Ay, madre mía!
la dijo, antes de ahora
mis alas se movían;
pero me las cortaron.
¿Qué haré con tal desdicha?
No llores, hijo mío,
la alma Venus decía,
estáte aquí en mi seno,
no te muevas ni aflijas,
que ellas irán creciendo
con el calor. ¿No miras
cómo ya son más grandes?
Abrázame, alma mía,
que luego serán tales
como antes las tenías.
¿Ves cómo ya las puntas
doradas se divisan?
¡Eh!, ya han crecido; vuela,
vuela, hijo de mi vida.
Sí, dijo el dios, probemos
si puedo cual solía.

Voló en efecto un poco,
y se posó deprisa
cabe su linda madre;
de allí revoló encima
del pecho de la diosa,
que le hizo mil caricias.
Luego con nuevo brío
movió las alecillas,
y se posó más lejos,
volviendo todavía
al seno de su madre.

Allí abrazó a la diva,
y ella de su contento
gozosa se sonría.
Repitió sus abrazos,
sus juegos y caricias,

hasta que al fin volando
subió sobre la limpia
región del aire, donde
reina con fuerza altiva
sobre cuanto en el orbe
Naturaleza cría.
Amor después, queriendo
vengarse de Cefisa,
la hizo la más voltaria
de todas las bonitas.
Con una nueva llama
la enciende cada día:
primero a mí me quiso,
a poco tiempo ardía
por Dafnis y al presente
ya por Cleón suspira.
¿No ves, Amor tirano,
que soy yo a quien castigas?
Pronto a sufrir la pena
estoy de su osadía;
mas no con sus desprecios,
oh dios crüel, me aflijas.

IX. bis

A un solitario

Goza de los placeres
que ofrece el tiempo, Anfriso;
no huyas de los hombres,
ni te hagas su enemigo.

Mientras el monte mides
cuidoso y discursivo,
mira con cuánta priesa
el cielo en raudos giros
midiendo va las horas
de tus años floridos.

Goza, pues, de las dichas
que ofrece el tiempo, amigo;
que para el día horrendo,
de todos tan temido,
asaz de llanto y penas
te guardará el destino.

X.

Al Sol

Padre del universo,
autor del claro día,
brillante sol, a cuyo
influjo la infinita
turba de los vivientes
el ser debe y la vida;
tú, que rompiendo el seno
del alba cristalina,
te asomas en oriente
a derramar el día
por los profundos valles
y por las altas cimas;
de cuyo reluciente
carro las diamantinas
y voladoras ruedas
con rapidez no vista
hienden el aire vago
de la región vacía;
enhorabuena vengas,
de luces matutinas,
de rayos coronado
y llamas nunca extintas,
a henchir las almas nuestras
de paz y de alegría.

La noche tenebrosa,
de fraudes, de perfidias
y dolos medianera,
se ahuyenta con tu vista,
y busca en los profundos
abismos su guarida.

El sueño perezoso,
las sombras, las mentidas
fantasmas y los sustos,
su horrenda comitiva,
se alejan de nosotros,
y en pos del claro día
el júbilo, el sosiego

y el gozo nos visitan.

Las transparentes horas,
de clara luz vestidas,
señalan nuestros gustos
y miden nuestras dichas.

O bien brillante salgas
por las eoaas cimas,
rigiendo tus caballos
con las doradas bridas;
o ya el luciente carro
con nuevo ardor dirijas
al reino austral, de donde
más luz y fuego vibras;
o en fin, precipitado
sobre las cristalinas
occiduas aguas caigas
con luz más blanda y tibia,
tu rostro refulgente,
tu ardor, tu luz divina
del hombre serán siempre
consuelo y alegría.

XI.

Jovino a Enarda

Mientras los roncós silvos
del Aquilón elado
llenán a los mortales
de susto, y sobresalto,
cantemos, bella Enarda,
en Hymnos acordados
de Amor y sus dulzuras
el delicioso encanto.
Del hijo de la Diosa
que reina en Gnido y Paphos
cantemos las Victorias
y triumphos soberanos,
que a su dominio el cielo
y tierra sujetaron.
Las dulces travesuras
de aquel rapaz véndado,

que reina en nuestros pechos,
cantemos, y loando
de su carcax el oro,
la labor de su Arco,
sus flechas penetrantes,
sus tiros acertados,
pasemos dulcemente,
uno de otro en los brazos,
las horas fugitivas
y los veloces años.

Amor de Cielo y Tierra
es Dueño soberano:
sus leyes reconocen
la tierra y cielo esclavos.
Los Globos christalinos,
de sólo amor guiados,
giran en torno al mundo
con vuelo arrebatado;
y del Amor las Leyes
eternas observando,
cuentan en raudos giros,
sonoros y acordados,
las Horas y los Días,
los Meses y los Años.
Pero en la tierra ejerce
imperio más templado
el ciego Dios, más dulce,
más firme y dilatado,
y no hay viviente alguno
que de él no viva esclavo.

Allá en los altos montes
y en los oscuros antros
sienten de amor la llama
los Brutos abrasados.
Los Peces en el golfo
del tiro envenenado
salvarse no han podido;
ni sobre el aire vago
las Aves por su buelo
ni por su dulce canto.
Todos de amor al yugo
se rinden, y a su carro
uncidos, todos vienen
sus triumphos celebrando.

Pero entre todos ellos
el hombre más colmados
obsequios, homenajes
más puros va prestando;
que otros vivientes aman
de su instinto arrastrados,
empero el Hombre sólo
de la razón guiado.
El Hombre venturoso
encierra en lo arcanos
de su razón las Leyes
que Amor le ha señalado.
El Hombre apreciar solo
con dignos holocaustos
sabe de la Hermosura
la gracia y el encanto.
Dígalo ¡ay Dios! ¡o Enarda!
Jovino enamorado,
que vive de tus ojos
reconocido esclavo.
Un corazón lo diga
donde gravó con rasgos
de fuego la tu imagen
Amor con tierna mano.
¡Ay! yo era todavía
entonces un muchacho
alegre y bullicioso,
sencillo y agraciado,
y hoy ya sobre mí siento
el peso de los años.
Dígalo una alma fina,
do tiene levantado
su trono tu hermosura,
y do, vibrando rayos,
tus ojos ejercitan
el peligroso mando,
¡Ay! ¡Cuántas veces, cuántas,
los míos al extraño
ardor de sus pupilas
quedaron abrasados!
Dígalo, en fin, Jovino,
a quien ni los halagos
de otras mil hermosuras,
ni estorbos mil, ni el vario
curso de la Fortuna,
ni el tiempo, ni el amargo

dolor de larga ausencia,
ni el incesante llanto
que derramó al mirarte
alegre en otros brazos,
mudar nunca pudieron,
y en quien estorbos tantos
del fuego primitivo
la llama no apagaron.
Cantemos, pues, ¡o Enarda!
en Hymnos acordados
de Amor y sus dulzuras
el delicioso encanto,
mientras los rancos silvos
del aquilón elado
llenan a los mortales
de susto y sobresalto.

XII.

A Enarda

Ríñenme, bella Enarda,
los mozos y los viejos,
porque tal vez jugando
te escribo dulces versos.
«Debiera un magistrado»,
susurran, «más severo,
«de las livianas musas
huir el vil comercio».
«¡Qué mal el tiempo gastas!»
predican otros. Pero,
por más que todos gruñan,
tengo de escribir versos:
quiero loar de Enarda
el peregrino ingenio
al son de mi zampoña,
y en bien medidos metros;
quiero de su hermosura
encaramar al cielo
las altas perfecciones;
de su semblante quiero
cantar el dulce hechizo,
y con pincel maestro
pintar su frente hermosa,

sus traviesos ojuelos,
el carmín de sus labios,
la nieve de su cuello;
y vayánse a la... al rollo
los catonianos ceños,
las frentes arrugadas
y adustos sobrecejos;
que Enarda será siempre
celebrada en mis versos.

XIII.

A las manos de Clori

La mano con que arroja
por los tauridios campos
la diosa montivaga
su penetrante dardo,
no puede, oh bella Clori,
vencer a la tu mano
en triunfos, en blancura,
en brío ni en estragos.
Las fieras son de aquélla
trofeos señalados,
y humanos corazones
lo son ¡ay! de tu mano.

XIV.

Anfriso

Con dulce y triste acento
cantaba el otro día
Anfriso congojado
desdenes de su Lisa.
Cantaba los enojos
de la engañosa ninfa,
y al son bien acordado
de su laúd, salía,
envuelta en mil suspiros,
su queja bien sentida.

Oyéronle, y sus males
sintieron, compasivas,
las aves que cruzaban
por la región vacía,
los brutos en el centro
de las montañas silvas,
y en su argentado margen
las claras fuentecillas.

Jovino, a cuya oreja
la flébil armonía
llegó, también doliose
de pena tan esquiva:
«¿Cabe en humanos pechos,
lleno de horror decía,
tan doble y falso trato,
tan bárbara perfidia?
¿Qué astro tan maligno,
qué estrella tan impía,
qué dios, qué avieso genio,
con influencia esquiva,
pudo apartar dos almas
«que el blando amor unía?»
Mas ¡ay!, que son acaso,
oh Anfriso, de tu Lisa
fingidos los enojos;
que a veces desconfían
celosas las mujeres
de nuestra fe, y altivas,
para probarnos sólo,
nos niegan sus caricias.

Cubren la ardiente llama
que el pecho les agita
y en vez del dulce agrado
y en vez de blanda risa,
ofrece su semblante
enojo y crueles iras.

Mas, guarte, no la creas,
Anfriso, a la maligna;
¡ay! guarte, no te engañe
con sus astucias Lisa.
Cuando se muestre airada,
no adules su malicia
con quejas vergonzosas,

con lágrimas indignas.
¡Ay! guarte, no te dobles;
¡ay! guarte, no te rindas.
Si te ama, sufre y deja
que con crueza impía
traspase sus entrañas
la flecha vengativa
con que ella herir de lleno
tu corazón medita.
Verás que amor la vuelve
a tus halagos fina,
y aquella que a tu pecho
hizo sentir esquiva
tan fieros sobresaltos,
de su desdén corrida,
hará, por obligarte,
finezas exquisitas;
y tú estarás vengado,
cuando ella arrepentida.
Mas, si no te ama, ¡ay! guarte,
no adules su perfidia
con quejas vergonzosas,
con lágrimas indignas.